



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NOTABILIDADES GRANADINAS

MELCHOR ALMAGRO



Abogado de talento
que ha llegado á gran altura.
Una importante figura
del Foro y del Parlamento.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA. XLVII. Granada, por Sinesio Delgado.—Jurisprudencia libre, por Eduardo de Palacio.—Metempsicosis, por José Estremera.—El origen de un proceso, por Eduardo Bustillo.—Epigramas, por Luis López.—En la prevención, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Melchor Almagro.—Cranada.—Las dos grandezas, por Cilla.



DESDE VIGO

Este es el país hospitalario por excelencia.

Llega uno aquí; se le recibe con los brazos abiertos y se le llena el cuerpo de comida.

—¿Cuándo ha llegado V.?

—El martes.

—Viene V. más gordo.

—Sí, señora; he tenido esa precaución.

—¿Qué va V. á tomar?

—Acabo de desayunarme.

—No importa; ¿quiere V. un poco de dulce de guinda? ¿Una tacita de café? ¿Un besugo asado?

Cuando se persuaden de que no acepta V. ninguna clase de agasajos, comienzan á sacar hijos, como quien saca calcetines del baúl, y á enseñárselos á V. uno por uno, diciéndole:

—Este es el mayorcito, que está ahora muy delicado á causa de los estudios. Desde que empezó con el latín le ha cogido tal ódio á las legumbres y al pescado, que no come más que féculas y papel secante.

—¿Qué rareza!

—Sí, señor; es una manía que ha tomado. Este otro es el segundo, que necesita muchos baños de mar y mucho aceite de hígado. Ahora le ve V. en casa por casualidad, porque se pasa el día metido en el baño, dentro de una cesta para que no se hunda... Ven acá, tú, Balbinito; este es el tercero...

—¿Pero, cuántos tiene V.?

—Voy para los once.

—¿Qué atrocidad!

—Todos los años, por este tiempo, tengo dos.

Es admirable la fecundidad de estas señoras, hasta tal punto que, en cuanto se casan, comienzan á hacer ropita para la prole y muchas veces tienen cuatro docenas de gorras preparadas, y no les llegan, porque en vez de un chico les nacen tres; y los papás, al ver la invasión, se llevan las manos á la cabeza y dicen á sus esposas con voz suplicante:

—¡Por piedad, Filomena! ¡Detente!

—¡Ay, Aquilino! Yo creo que aún queda otro.

Y gracias á que los niños se crían aquí perfectamente. No hacen más que nacer y se bajan de la cama, para ponerse á jugar con las zapatillas del padre. Por lo general se les desteta á los ocho ó diez días, con carne asada ó sardinas en escabeche, y hay muchos que nacen hoy y mañana por la tarde ya están en relaciones con la niñera.

* * *

Esta es una ciudad adelantadísima por todos conceptos.

Los jóvenes locales huelen á carbón de piedra, como si cada uno de ellos llevase dentro una fábrica de fundición ó un molino harinero. El espíritu industrial anima todas las inteligencias é imprime en la ciudad cierto carácter marcadamente inglés. No hay más que ver las botas que usan aquí los chicos elegantes; parecen lanchas de vapor, y cuanto más grandes resultan los pies, más contentos se ponen.

También están muy de moda los impermeables con esclavina, que convierten á las personas en vagones de mercancías. Lo esencial es conseguir que los señoritos no

parezcan personas naturales, sino depósitos de carbón en movimiento.

—¡Oh, los ingleses!—dicen ellos con fruición.—¡Si tuviéramos sus dotes personales! ¡Qué piés tan hermosos los suyos!

Hasta el sacristán de la colegiata sabe expresarse en el idioma de Lord Byron y hay quien lleva su entusiasmo británico hasta el extremo de untarse la cara con mantequilla, para oler á *desayuno* inglés.

* * *

Las conversaciones suelen versar siempre sobre el mismo tema: los casamientos.

En cuanto hay un joven que mira dos veces seguidas á una chica soltera, ya dice todo el partido judicial á coro:

—Fulanito se casa con Menganita.

Y quieras que no, el joven acaba por contraer matrimonio, aunque no le guste la novia ni tenga aficiones domésticas, ni conozca el reglamento que debe regir en todo domicilio conyugal.

—¿Conque, te casas?—preguntamos á un amigo.

—Hombre—nos contestó—yo no me había enterado, pero me parece que sí.

—¿Y es guapa la novia?

—No la he visto bien; pero dicen que tiene unos ojos muy bonitos.

El caso es que la boda se hará un día de estos y todo por que ha empezado la gente á decir:

—¿Sabe V. quién se casa? Isidorito Tolete.

—¿Con quién?

—Con Anicetita Estrobo.

El interesado, por no dejar en mal lugar á sus vecinos, ha decidido pedir á la muchacha, y hoy está en vísperas de contraer matrimonio y ha empezado por llamar *mamá* á doña Liberata, madre de la chica, y por decirle con todo respeto:

—Viviremos los tres en amorosa compañía. Sé que tiene V. el génio fuerte, pero no importa; puede V. pegarme en todas partes, menos en la cabeza, porque la tengo muy delicada, desde que me leyeron unos versos premiados en un certamen.

* * *

Ya comienza á notarse la dulce presión de los forasteros. Llegan y se lanzan sobre las sardinas con ardor mal reprimido.

La sardina es el alimento favorito de los estómagos extraños á la localidad. Hay quien las come fritas, asadas, cocidas y rellenas.

Un alemán, que tiene aquí fábrica de escabeche, anda buscando la manera de ponerlas en dulce, como las peras confitadas.

Pero todos convienen en que la sardina es perjudicial para los nervios, y el que abusa suele sentir pronto los efectos de esta alimentación *pirotécnica*, digámoslo así.

Nadie ha olvidado aún lo que le pasó aquí á una señora procedente de Cáceres, que se puso á comer sardinas sin freno, y un día salió á la calle de riguroso cutis, dando gritos y queriendo atropellar á los transeuntes. Hoy mismo conocemos á unas cuantas personas que abusan de la sardina y andan por ahí con los pelos erizados, mordiendo á los municipales que encuentran al paso y dando con la cabeza en las paredes.

La sardina subleva la sangre y convierte al hombre en animal feroz é incandescente.

Jóvenes inexpertos, que veraneáis en estas costas; huid de la sardina.

* * *

Todos los días llueve un poquito, para hacernos recordar que la Providencia es árbitra de nuestros destinos y nuestros pantalones.

A pesar de la humedad, la gente se baña en la ría; pero con las consiguientes precauciones, y el que antes penetraba en el mar envuelto en ligerísimo traje de punto, hoy se arroja cuidadosamente á fin de evitar catarros.

Hemos visto una señora que se dirigía al mar metida

en una funda de *gutta-percha* como si fuera un paraguas; llevaba de la mano á un niño forrado de hule y detrás caminaba el esposo envuelto en un sudario de goma elástica.

—Hay que cumplir las prescripciones facultativas—nos decía—y evitar al mismo tiempo los efectos de la humedad. El médico ha mandado que entremos en el mar; pues bien, ya entramos, pero con las consiguientes precauciones.

Los que no quieren mojarse poco ni mucho, llevan una sillita á la playa y se sientan allí con la boca abierta para aspirar las emanaciones marinas y forjarse la ilusión de que están con el agua al cuello.

—Manolo, ¿sabes nadar?—pregunta la esposa.

Y dice el esposo:

—Perfectamente.

—Pues, nada, hijo mío.

El esposo se tiende en la arena boca abajo y comienza á mover brazos y piernas, hasta que grita la esposa:

—Basta, Manolito, no te alejes tanto de la orilla que el agua es muy traidora.

Pero para la salud este baño es tan conveniente como cualquier otro, porque se ha averiguado que las verdaderas medicinas están en la imaginación.

Y el que no se cura es porque no quiere.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XLVII

GRANADA

Ya no cantan los poetas
endechas á las sultanas
ni en las orientales vierten
juramentos y esperanzas;
ya se acabaron las perlas,
los turbantes, las escalas,
las notas como quejidos
y los versos como lágrimas.
Tras de la oriental el tango,
tras del laud la guitarra,
y en vez de pedir suspiros
se piden besos y cañas.
Si así no fuera ¡qué cosas
yo te diría joh, Granada!
la imagen del paraíso,
el rico vergel de España,
búcaro lleno de aromas,
diamante engarzado en plata,
joya que la Providencia
ha regalado á mi patrial

No tiene igual en el mundo
el palacio de la Alhambra;
maravilloso conjunto
de fortaleza y alcázar
que surgió de entre las flores,
creación sublime y mágica
de una ardiente fantasía
que á los espacios se lanza
entre las nubes de incienso
y entre el perfume del ámbar,
arrullada por un coro
de odaliscas y de esclavas.
¿Qué gnomos desconocidos
ó qué misteriosas hadas
pudieron bordar aquellos
prodigios de filigrana,
trocando en hermoso encaje
techos, arcos y murallas?
¿Cómo estaría el palacio
con sus pajes y sus guardias,
y sus telas de Damasco
y sus perfumes de Arabia?
Aún parece que se escuchan
en el camarín las cántigas,
el surtidor en los patios,
besos del mármol y el agua,
en la oscura galería
las babuchas que se arrastran
y en corredores y puertas
choques de alfanjes y lanzas.

Desde aquel semi-divino
mirador de Lindaraja
se ve un girón de la gloria
extendido sobre el mapa.
Los cármenes pintorescos
centinelas del alcázar,
bosques de álamos gigantes,
peñas, barrancos, cascadas,
alfombra de violetas
que la atmósfera embalsaman,
luego el muro con sus torres
sombrias como fantasmas
y la ciudad allá abajo,
montón de casitas blancas,
azoteas, minaretes,
torrecillas y espadañas.
A la derecha, soñando
con epopeyas pasadas,
el Albaicín, extendido
de una colina en la falda,
con sus callejas pendientes
y sus aduares por casas,
y su población morisca,
negra, cerril, desgreñada.
Este barrio turbulento
de gente indomable y brava
que esgrimía á todas horas
gumías y cimitarras,
conserva el sello indeleble
de las manos africanas,
y en prueba de que le agita
una sangre como lava
juerguca, come jayuyo
y se da de puñaladas.

Allá se extiende la Vega
como una espléndida sábana
con seda verde zurcida
y con brillantes bordada.
Millares de caseríos
que la adornan y la esmaltan,
parecen blancas gaviotas
que á beber al río bajan.
Y el Genil, en cuya orilla
diosas y huríes se bañan,
en los plantíos se enrosca
y por el vergel avanza
como serpiente vestida
con lentejuelas de plata.
Digno marco de tal cuadro
se alza la sierra lejana,

desde cuyos altos picos,
se vé la costa del África
que aún por su tesoro gime,
mirando hacia la montaña.
¡Comprendo á aquellos valientes
que ocultos en la Alpujarra,
pelearon como fieras
para volver á Granada,
maldiciendo al rey cobarde
que lloró como una esclava,
en vez de perder la vida
antes que perder la patria!

Sobre esto, como un efecto
de decoración fantástica,
el sol *ae allí*, no atenuado
por celajes ni por gasas,
y una atmósfera tan pura,
tan trasparente, tan diáfana,
que se divisan las chozas
á diez leguas de distancia.
La luz que chisporrotea
como en el fogón las ascuas
sobre la vega y el río,
sobre las casitas blancas,
cuyos reflejos de nieve
la vista ofenden y dañan.
¡Es aquella Andalucía
que las leyendas ensalzan
con su manto de verdura,
sus brillantes panoramas
y sus chispazos de fuego
y sus vegas perfumadas
y sus mujeres hermosas
y sus agrestes montañas!
Allí parece que viven
las sombras de aquella raza
que soñaba con un cielo
de bellísimas sultanas
encerradas en palacios
calados como su Alhambra.

De los riscos de la sierra
bullicioso el Darro baja
y saltando entre las guijas
junto á las cuevas gitanas
entra alegre, separando
el Albaicín del Alcázar,
y salpica los negruzcos
murallones con el agua.
Airosos puentes le cruzan,
recuerdos de cien batallas,
donde tal vez en patrullas
confusas y abigarradas,
zegríes y abencerrajes

se romperían el alma,
y por los cuales acaso
cruzarían las esclavas
con los negros pies al aire
y los velos en las caras,
á llenar las alcancías
en las fuentes de la Alhambra.

La población, actualmente,
no es, como dice la fama,
un gran pueblo que recuerda
las ciudades africanas
con sus calles silenciosas,
sucias, estrechas y malas,
sino que acaso resulte
de las mejores de España,
con hermosos edificios
anchas vías, buenas plazas,
paseos de primer orden,
muchos cafés de importancia,
Círculo de Bellas Artes
donde la gente trabaja
y no desperdicia el tiempo
con los naipes y las cañas,
y un elegante Casinc
que, en verdad, honra á Granada.

La *Alcaicería*, son dos calles
estrechas, rectas, cruzadas,
(donde antes los mercaderes
vendían telas y alhajas),
que todavía conservan
los bajos de las fachadas,
con sus elegantes arcos
bordados de filigranas.
Cuando alguna granadina
de esas que roban el alma
va pisando menudito
sobre aquellas losas blancas,
parece que va pidiendo
como si la hicieran falta
los brillantes atavíos
de las hembras musulmanas.
¡Granada! Nido de amores,
bella y ardiente sultana,
la del purísimo cielo,
la de la Vega encantada,
la del aire perfumado,
la de los ríos de plata...
si entre mis manos la guzla
no resultase carraca,
¡cuántas lánguidas y dulces
orientales te cantara
al pie del Generalife
que llora por su Zoráida.

SINESIO DELGADO.

JURISPRUDENCIA LIBRE

Así como hay medicina casera, hay también jurisprudencia al alcance de los individuos más romos del vecindario.

Cuando ocurre una desgracia ó sobreviene algún crimen, las personas aficionadas al ramo entran en funciones.

—¿Qué le parece á V. de ese crimen?—pregunta la tendera ultramarina al joven y ya guardia de vigilancia pública.

El guardia, después de un momento de meditación, responde:

—Infundios.

—¡Hombrel! ¿infundios y han muerto tres personas?

—Mire V., doña Fulana, ya he visto mucho en este mundo y el que más y el que menos habla sin saber lo que dice, y es menester atar todos los cabos, para saber á qué atenerse.

—¿Los cabos?—pregunta uno de infantería que, como él dice, se desteta todas las mañanas con el monóvar de doña Fulana.

—Hombre, quien dice los cabos, dice los hilos—responde el guardia.

—No sabía yo que eran la misma cosa.

—¿Pues saben VV. lo que les digo?—pregunta el sereno, que empieza á dejar de estarlo, preparándose para la retirada al «hojal doméstico», según él pronuncia, en «gallego correuto».

—Usted dirá—murmura la ultramarina, viendo cómo avanza el período de inspiración en el sereno.

—Que el asesino de esa familia, ó los asesinos no han sido solos.

—¿Cómo que no han sido solos? Hable V. claro—objeta el cabo.

—Que ha sido más de uno.

—Puede.

—Y más de dos.

—¡Puede!—repiten á coro los circunstantes.

Granada

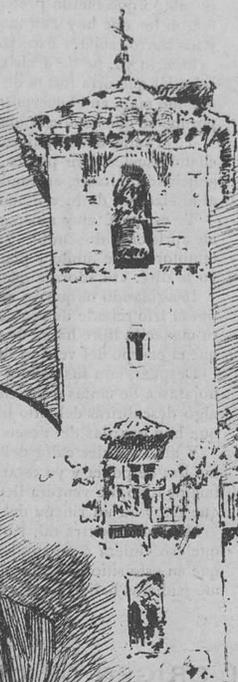


Bernarda, la perla del Albaicín.

Antonio, ó el último abencerraje.



—Señorito, que nos estamos cayendo de debilidad.



—Una góndola, mi amo.



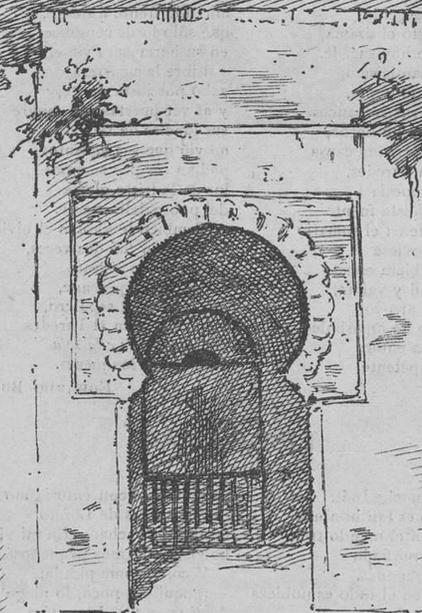
—Máma; écheme V. la faca, que me voy de juerga.



En el patio de los Arrayanes de la Alhambra, echando á perder todo lo que caiga á la vista.



Recobero.



La puerta de la Justicia, parte interior.



¡Agua!



Un descendiente de los zegríes en día de feria.

—Y más de tres.

—¡Puede!

—Y me juego dos duros, que vamos á gastar ahora mismo en aguardiente para todos.

Diciendo esto, saca de un bolsillo dos duros infantiles y los deja en el tablero del mostrador á golpe, como si quisiera incrustarlos en la madera.

—Eh, guárdese V. eso, Venancio—le aconseja el ama.

—Nada, ahí están, á ver si hay quien los levante.

—No ande V. con bromas, paisano—le advierte el cabo.

—Lo que resulta—continúa el ama—es que el hecho ha sido por robar.

—Como que se ha encontrado el piso casi desalquilado, hasta los muebles han desaparecido.

—Eso nada tiene de extraño—apunta el ex-sereno;—en el silencio y la quietud de la noche, es lo más fácil.

—Y todos han aparecido asesinados—dice el guardia.

—¿Todos los muebles?—pregunta el sereno.—Eso no es verdad: ni uno, ni uno siquiera se ha encontrado en la casa mortífera...

—Mortuoria—corrige la ultramarina.

—Es una etcétera; vamos, igual.

—Yo á quien llevaba al palo es al portero.

—Yo al dueño de la casa—opina el guardia.

—Eso es indudablemente un plan convino... convenido, eso es.

—Es natural.

—Pues el portero tiene cadena perpetua—sentencia el sereno.

—En mi clas—corrige el cabo—pasado por las armas.

—Eso es—afirma el vigilante nocturno, guardándose los dos duros de la apuesta;—y en la marina, pasados por agua.

—Yo creo que la peinadora ha de haber sido la criminala principal.

—Vaya usted á saber—apunta el Pero-Grullo de orden público.—El ramo de peinadoras tiene de todo, y lo mismo puede ser que puede no ser, y vice-versa.

—Choque usted, guardia—interrumpe el sereno, alargando la mano derecha.—Eso que usted dice es la verdad; y que no hay que darle vueltas; usted ha metido el dedo... en la llaga social.

La dueña del establecimiento cree que la peinadora debe ir al palo.

El cabo, por su gusto, y con arreglo á ordenanza, «afusilaría» á todos los inquilinos de la casa, preventivamente.

En algunos círculos igualmente ilustrados se comenta el suceso y se proponen candidaturas para asesinos y para reos de muerte.

—No se puede partir de ligero—afirma un caballero prudente de esos tomistas en profano que dudan de cuanto no ven y tocan y á las veces aun de lo que tocan y ven.

Vive separado de su mujer por convicción de que le engañaba.

Imaginen ustedes si tendría datos para adoptar la resolución de abandonarla.

—En ciertos sucesos faltan pormenores y resolver de plano es exponerse á equivocaciones lamentables.

Y refiere la historia cuya millonésima edición conocerán ustedes.

Un hombre que iba por una calle y vió á otro que pedía socorro, tendido en las piedras y desangrándose.

Se humilló el caritativo transeunte para auxiliar al herido, le sacó el puñal del pecho.

Llegó en este momento la ronda, ó la policía, ó la pareja si entonces se usaban parejas de orden, y «aprehendió al hombre benéfico.»

Pocos días después moría ahorcado ó decapitado, según, que en este punto varían los historiadores.

Para el hombre prudente la justicia se precipita.

Para los vehementes no hay procedimiento como el de matar pulgas.

«Cojida la pulga—que decía el inventor—se le abre la boca, se le echan i polvi y catala morta.»

—Yo—dice uno—buscaba al cuñado del padre y... al patíbulo.

—Pero si consta que murió hace tres años.

—Pues á pesar de eso.

EDUARDO DE PALACIO.

METEMPSICOSIS

(Á ROSA)

No temas que aunque muera desespere de verte y adorarte; ya te he dicho que es cosa averiguada que el que muere, vuelve al mundo trocado en cualquier bicho.

En una gata hermosa que tenía, es seguro que el alma se encarnaba de aquella blanca hurí que yo quería y con tanta frecuencia me arañaba.

Los mosquitos chillones y constantes,

es sabido que fueron pretendientes, fueron los que hoy son moscas tus amantes y los burros sujetos excelentes.

Muerto yo, he de decirle al funcionario celestial que otra forma dé á los seres, que me meta en el cuerpo de un canario, porque sé que es el ave que prefieres.

Y, al salir, hecho pájaro, del cielo, cuando sueles abrir por la mañana, anhelando mirarte, en raudo vuelo, al alfeizar iré de tu ventana.

Te esperaré muy quietecito, y cuando me aprisiones diciendo: «Ya eres mío,» tembloroso de júbilo y piando yo te diré: «te adoro,» que es mi pío.

Imaginando tú que yo estoy yerto por el frío relente de la noche, tu manecita libre harás de cierto que el cuerpo del vestido desabroche.

Después, con tus deditos separando hojarasca de cintas y de encajes, algo descubrirás del sitio blando que hoy guardas del deseo á los ultrajes.

Y allí, al dulce calor del albo seno, me has de poner y yo estaré sumiso, imaginando, de ventura lleno, que estoy en un rincón del paraíso.

Mas no te ocurra tal, Rosa querida, que eso viniera á ser suplicio injusto: que en este sitio que á gozar convida me pudieras hallar muerto de gusto.

JOSÉ ESTREMEIRA.

EL ORIGEN DE UN PROCESO

Según dicen las crónicas, hubo un proceso célebre que conmovió á la corte el año treinta y siete; y era allí el procesado como asesino alevé, Apolo por lo hermoso y por forzudo un Hércules.

Iba la opinión pública delante de los jueces, buscando pruebas claras é indicios muy vehementes; y aunque con menos diarios, la preocupada gente tomaba á pasto el drama, lo mismo que hoy sucede.

En su romanticismo, aquel pueblo inocente, que hacía en sus romances de un criminal un héroe, buscó en la horrenda causa del fiero Juan Paredes, de su genial poesía la nunca exhausta fuente.

Y antes que en el sumario la curia se moviese y un folio hubiera escrito de los tres mil y veinte; en medio del arroyo, con gran lujo de hipérbolos, cantó la causa entera el juez incompetente.

Poético actuario, á luz dió en sus papeles aquel sangriento drama de tan vulgar especie, que fué el amor impulso, el odio brazo fuerte, actor un hombre honrado y el muerto un inocente.

Mucho antes que de oficio, en boca de la plebe, á luz salió en la causa la cigarrera Nieves, que al juez hizo bien pronto, mirando frente á frente, que sólo lo de cómplice en su hermosura viesse.

Libre la cigarrera salió por justa suerte, y al ver puestas con sangre sus gracias de relieve, no vió que sus encantos podían ser por siempre luz de la triste gloria del pobre delincuente.

También le ahorcó el olvido y ahorcado fué dos veces, y sólo fué la ingrata recuerdo tan perenne, que, fuera del sepulcro, vuelto hubiera el Paredes con sangre de ella sola á manos de los jueces.

EDUARDO BUSTILLO.

EPIGRAMAS

Decíame anoche Inés: —Mi marido es tan honrado que no hay en el mundo tres; pero terco y porfiado como buen aragonés.

Y aunque en él todo es nobleza y me ama con frenesí, es inútil mi entereza como diga:—¡Por aquí he de meter la cabeza!

Hablando con entusiasmo de las formas de Loreto, la dije á Concha:—¡En mi vida he visto piés más pequeños!

Y contestóme picada: —¡Poquito á poco, lo niego! Aquí tiene usted los míos... y añadió: Sin ir más lejos.

LUIS LÓPEZ.

EN LA PREVENCIÓN

¡Guardia!... ¡Socorro!... ¡Favor!...
¡Tengan compasión de mí!...
¡Aquí encerrado!... ¡qué horror!
¿Qué delitos cometí para verme aquí, Señor?

Que hallándome medio muerto de hambre, en tan grave apuro, pedí un *perro chico*, es cierto.
¡Pues como hay Dios me divierte si llevo á pedir un duro!

Y al verme en tal situación un guardia municipal, con la peor intención me trajo á la prevención lo mismo que á un criminal.

Y aquí estoy ¡pobre de mí! sufriendo con triste calma cuanto me sucede aquí. ¡Ay, Dios mío de mi alma, qué desgraciado nací!

Yo inocente en paz vivía en mi tranquilo retiro, cuando un día ¡triste día! recibí la cesantía como quien recibe un tiro.

Furioso empecé á trinar contra mi suerte inconstante, mas nada pude alcanzar: ¡los lamentos de un cesante ni Dios los quiere escuchar!

A todos les hice ver mi estado ¡y aunque os asombre, nadie me quiso creer! ¿Quién hace caso de un hombre que no tiene qué comer?

Empeñé cuanto tenía para comer poco y mal; todo está allí, ¡suerte impía! Calle de Santa María, noventa y dos, principal!

Un pantalón de *tricot*, un chaleco de *piqué*, una cadena, un reló, una capa, un paletó y otras prendas que olvidé.

De aquel sin par equipaje que lucí tan orgulloso, sólo me resta este traje, ¡débil muestra de homenaje á mi estado lastimoso!

Miedo el hambre no me dió mientras tuve qué comer; pero un día me faltó, y... ¡aquí fué donde empezó Jesucristo á padecer!

Por todas partes *ingleses*, requerimientos de embargo, hambre, miseria, reveses...

¡Yo me he pasado seis meses con un panecillo largo!

¡Cuántos manjares forjaba mi apetito y mi ansia local! Pero en vano lo soñaba, ¡porque el que menos pasaba á cien leguas de mi bocal

¡Cuántas veces extasiado ante una fonda me he estado con asombro de la gente! y cuántas ¡ay! he cenado con la vista solamente.

¡Qué almuerzos tan succulentos me dí en aquellos momentos, olvidando mi hambre eterna, ante los grandes inventos de la cocina moderna!

¡Dios mío! ¡Con qué placer me iría yo al panteón harto de tanto comer! ¡Qué gran cosa debe ser morir de una indigestión!

¡Ah! Pero en vano me esfuerzo y lucho por encontrar un estomacal refuerzo... ¡Yo sé que me ha de matar la nostalgia de un almuerzo!

Al ver mi estado fatal, cualquier día es de temer que entonen mi funeral; que un cesante, á mi entender, es un cadáver moral;

un ser del que nadie cuida al arrojarle del puesto donde ganaba su vida; ¡es una hoja desprendida del árbol del presupuesto!

Y en ese árbol tan paciente que sostiene tantos hombres que le chupan tenazmente, ¡sólo queda un expediente y un nombre entre muchos nombres!

Esta historia, que grabada se conserva en mi memoria, es una historia sin gloria; pero es grande la tirada de ejemplares de esta historia.

MANUEL SORIANO.



Antes que se me olvide debo participar al caballero que me envía *El Nuevo Papel*, de Línea de la Concepción, que, efectivamente, los monos que ilustran hasta cierto punto las primeras planas del susodicho periódico, están calcaditos (poniendo el papel encima, por supuesto) de dibujos de Pons, *Mecachis* y Cilla.

Pero ¿qué quiere V. que yo le diga? Hay infelices que gozan con eso, creyendo que hacen una gracia. ¡Pobrecitos! ¿Para qué les hemos de quitar el gusto?

Además, en el pecado llevan la penitencia.

¿Que firman los monos? ¡Claro, hombre! Para eso los roban, para engañar á la novia, si á mano viene.

Por cantar por la noche una perdiz quedó por siempre ronca la infeliz, y por cantar en el invierno un grillo falleció el infeliz del garrotillo.

Más prudente y más sano es cantar por el día y en verano.

K. MILO.

Aquí ha hecho frío hasta la fecha; no sé si VV. se habrán enterado.

A pesar de lo cual, la gente se ha marchado á veranear como todos los años.

¡Para que se vea que la humanidad es inocente y sencilla como una paloma!

Los Cuerpos Colegisladores, de común acuerdo, han decidido construir un par de palacios soberbios en el terreno que hoy ocupa el Jardín Botánico.

La cosa no deja de tener gracia.

Nombramos nuestros representantes, vienen, nos doblan las contribuciones, y en seguida entran en los paseos públicos como Pedro por su casa, los destrozan y se hacen unas casitas muy cucas. ¡Esol! ¡Y el que paga que se fastidie!

Ahora sólo falta que Abascal se salga con la suya, y construya las Casas Consistoriales en el Buen Retiro.

¡Cómo nos vamos á divertir luego paseándonos por las guardillas! Pero ¿qué hacen esos periódicos formales que no ponen el grito en el cielo?



Suma y sigue:

También el Ministerio de Fomento necesita un palacio. Porque dicen que la casa que tiene se está hundiendo.

Lo chusco del caso es que *La Correspondencia*, para justificar el derroche, asegura que el Sr. Canalejas acariciaba el proyecto desde muy antiguo.

¿Desde muy antiguo y es Ministro hace quince días?

¡Vaya, vaya, con el buen Canalejas! ¡Y qué ensueños acariciaba en la casa de huéspedes!



En una tertulia de café:

—¡Hola, D. Ricardol! ¡Gracias á Dios! ¡Tres meses sin venir!

—Dispensen VV., pero no ha sido por falta de voluntad. Pero debía cnatro duros al mozo y tenía que me diera un escándalo.

—¡Vaya, vaya! ¿De modo que ya le ha pagado V.?

—Todavía no; pero ahora no tengo cuidado. ¿No han observado ustedes que estos días los camareros no conocen á nadie?



Libros:

No jurar... (segundo tomo de la colección *El Decálogo*). Interesante novela de Martínez Barrionuevo, que merecidamente obtendrá el éxito asombroso de las anteriores. Precio. 1,50 pesetas.

La torre de Nesle, novela histórica del tiempo de la Reina Margarita de Borgoña, por G. Le Faure y Pedro Delcourt; ilustraciones de José Roy, versión española por D. Ildefonso Bermejo.—Recomendamos á nuestros lectores esta popular novela, publicada por entregas ilustradas con magníficos grabados, digna del mayor interés, atendiendo tanto á su importancia histórica como á la parte literaria, por ser muy conocidos sus autores en la república de las letras; la traducción, encomendada al eminente literato español D. Ildefonso Bermejo, es una garantía para el público; en cuanto á la parte material, no deja nada que desear.

Se halla de venta en la librería editorial de D. C. Bailly Bailliere, Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en todas las librerías y centros de suscripción de España y Ultramar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. F.—Cofn.—Muy mal hecha no está, francamente, pero el asunto es un tantico atrasado.

Sr. D. D. P. G.—Puerto.—He leído los cuatro recortes. Según mi leal saber y entender, usted puede llegar á escribir bien, en prosa sobre todo, si tiene cuidado de inspirarse en buenos modelos. Nada de folletines ni de artículos de periódicos. Larra, Valera, Alarcón, Pereda, Galdós, etc., etc. ¿Estamos?

Sr. D. C. O.—Pontevedra.—¡Hola! ¿Ahí estamos? Aquello es bonito.

Sr. D. J. B. G.—Córdoba.—¿Con qué diablos mide V. los versos? Porque le salen mal casi siempre.

Lloticás.—¡Socorro! Eso no es nada; ni versos siquiera.

Un fabricante de alpargatas.—No tiene *chic* de ninguna clase. Vea el anuncio de la cuarta plana.

Sr. D. R. F. de C.—Madrid.—Coja V. cualquier soneto decente, compárele con el suyo, y verá... que el suyo no es soneto. Entre otras cosas porque no hay un solo verso que tenga las sílabas que pide la ley.

¿No sirbe?—Mal andamos de escritura, compadre. En cada palabra hay una falta de ortografía. Y de consonantes no hablemos... ¡es un horror!

Sr. D. F. G. P.—Cádiz.—Pero eso es una composición seria, completamente seria, sin la más ligera sombra de humorismo.

Dorio.—Albacete.—¡Hombre! ¡Qué monada! ¿Tú también andas con pseudónimos? Eres L. S. ¿verdad? Dímelo, porque eso sirve.

El prototipo de la modestia.—Veo una *azaña* y no paso

aunque de nimio me tache.

¿Qué ha hecho usía con la *ache*?

¿La ha comido usía acaso?

Tousori.—Malorum.

Piripiquio.—Valencia.—También es maleja la poesía. Vea los correspondientes anuncios de colecciones y ejemplares atrasados, y escoja usted lo que más le convenga.

Sr. D. J. M. S.—Valencia.—Recibí el libro. Un millón de gracias por él y otro millón por la lisonja.

K. chupintado.—No sé por qué se me figura que alguno de esos cantares no son de V. precisamente. Puede que sea aprensión mía...

¿Carambital!—Pues digo... que no tienen gracia, ni parecen cantares.

K. Mandulas.—Antes de nada se debe adquirir una ligerísima idea de la metrificación.

Sr. D. J. P. de L.—Madrid.—Muchas gracias por sus elogios. El asunto de la poesía tiene poco... vamos, poco interés y escasa novedad.

Mirlo blanco.—Si va usted á cantar versos

en los árboles copudos,

cante usted los de cualquiera,

pero no cante los suyos.

Adoquinito.—¡Carambal No sea V. modesto. Suprima V. el diminutivo desde mañana.

Sr. D. J. S. F.—Mérida.—Sí señor; se recibió la libranza y se hizo efectiva.



—Anoche se empeñó la Marquesa en que explicara lo que es una larga, y como no sé... tuve una verdadera sofocación.

—Y el caso no es pa menos. ¡Míá que no saber lo que es una larga!

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELOADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25 »
Cartulinas sueltas.	0,50 »